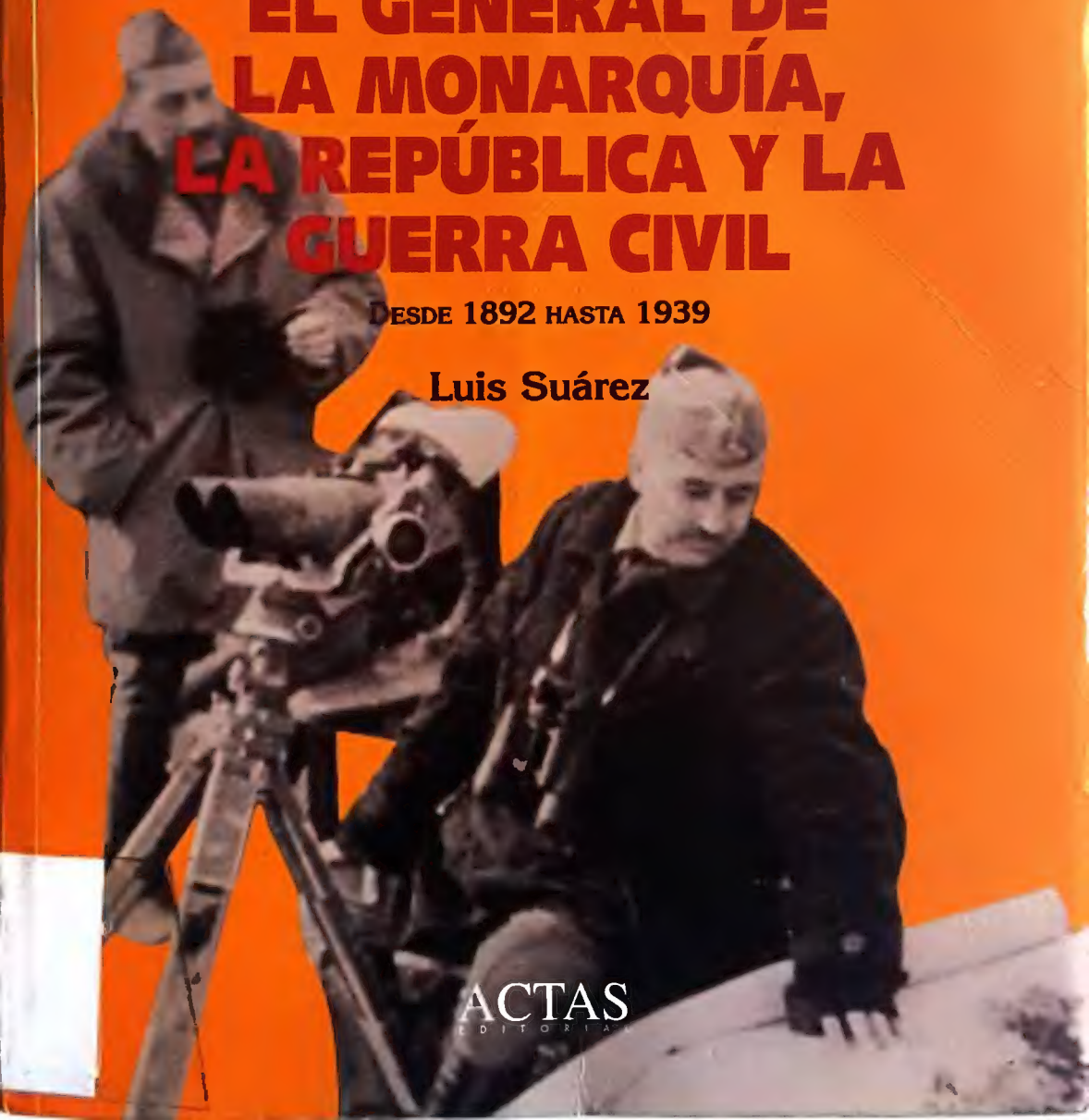
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 9

FRANCO SE ALINEA EN EL ANTICOMUNISMO.

I. EL JOVEN ORADOR DEL TEATRO DE LA COMEDIA.

1. Arrastrado inevitablemente por la necesidad de reprimir con energía los brotes revolucionarios –los cinco capitanes que intervinieron en la represión presentaron declaración firmada de que tenían orden de no hacer prisioneros ni respetar heridos– Azaña sufrió un quebranto político irreversible. Las elecciones municipales sembraron la alarma entre sus correligionarios y, empujado por Alcalá Zamora, tuvo que presentar la dimisión el 8 de setiembre de 1933: seguía siendo el más capaz de los republicanos, pero su partido ya no era eje para conseguir mayoría de votos en la Cámara.[1] Alejandro Lerroux formó un gobierno cuya primera y principal misión consistía en la convocatoria de elecciones generales. Con esta dimisión se cerraba la primera etapa de la Segunda República española, aquella que los historiadores conocerían como «bienio azañista». Fue el de Lerroux prácticamente un gobierno provisional, incapaz de lograr una mayoría estable.

En sus discursos y escritos, Franco atribuiría a esta etapa dos rasgos fundamentales: la política de Azaña había inclinado a la República excesivamente a la izquierda, mostrándose incapaz de resolver los problemas de orden público que ella misma creara, y estaba encerrándose en el estancamiento económico porque no era capaz de promover gobiernos estables y duraderos, únicos que pueden proponer y realizar programas a largo plazo. Sucedía, por ejemplo, que mientras las cifras de los presupuestos generales del Estado iban creciendo –el Ministerio de la Guerra, con un Ejército más reducido e ineficaz, pasaba de 367 a 563 millones de pesetas– la renta per cápita había descendido de 1.092 pesetas por habitante y año a 967. En otras palabras, los españoles se estaban volviendo más pobres.[2]

El horizonte político, en España y fuera de España, se estaba enturbiando: las derechas tradicionales europeas pugnaban por reorganizarse, aunque faltaba mucho para que pudieran alcanzar el grado de eficacia que tendrían quince o veinte años más tarde; Keynes preparaba, en artículos y conferencias, su «teoría general del empleo, del interés y de la moneda»; Franklin D. Roosevelt ponía en marcha el New

Deal tratando de salvar al capitalismo de sus propios errores; mientras que fascistas y nazis despertaban gran admiración por los tempranos éxitos logrados en la lucha contra el paro.[3] La izquierda, todavía muy afín al marxismo pese a las divisiones, seguía creyendo en la inminencia de una revolución universal –la Komintern, desde 1928, la preconizaba– y mostraba profundo desprecio hacia la democracia liberal parlamentaria, que consideraba instrumento del capitalismo. Largo Caballero, refiriéndose a la dimisión de Azaña y su gobierno, comentó: «se nos ha expulsado de una manera indecorosa. Nos indigna esta conducta. En 1931 expulsamos al que era Rey, pero su espíritu continúa en el Palacio de Oriente».[4]

Los vientos que soplaban en Europa contenían llamamientos a la violencia y a la dictadura: parecía existir una convicción bastante general de que la solución de los problemas pasaba, necesariamente, por el empleo de la fuerza.

2. Más allá de las derechas y de las izquierdas, al margen de las masas laborales, compartiendo con los pensadores de la generación del 98, que no estaban desde luego inclinados a prestar su apoyo a ningún movimiento político y menos de exaltación nacionalista, el dolor por la tierra de pobres, que seguía siendo España, habían comenzado a producirse planteamientos doctrinales sin los que sería imposible comprender la obra de Franco. No estamos en condiciones de entrar en una explicación crítica y detallada del fenómeno, pero resulta inexcusable la referencia amplia a sus orígenes y a su doctrina.[5] Los historiadores que utilizan los esquemas que la izquierda ha acuñado por comodidad política, se refieren a éstos como «fascismos». Se trata de un calificativo ambiguo que se emplea, bien con carácter genérico –en cuyo caso se engloban diversos regímenes, incluso algunos que lucharon contra el Eje en la Segunda Guerra Mundial– o de modo específico, aplicándolo únicamente al Régimen italiano; los alemanes fueron nacional-socialistas, los japoneses militaristas, los portugueses corporativistas y los falangistas españoles nacional-sindicalistas y no otra cosa.[6]

Todos se inscriben en un marco ideológico en que juegan tres elementos, nacionalismo, justicia social y estatalización de la economía, pero combinándolos de manera distinta y con peculiaridades que los distinguían unos de otros. Pocos meses antes de la caída de la Dictadura, un médico neurólogo valenciano, José M.ª Albiñana, había puesto en marcha un proyecto para crear el que llamaba Partido Nacionalista español. En él se advertían influencias del fascismo, como el uso de camisas de color azul pálido y del saludo romano con el brazo extendido. Su grupo no prosperó, sin duda porque faltaban apoyos económicos suficientes. Centraba su propaganda en la necesidad de devolver a los españoles conciencia de dignidad nacional, perdida en el último medio siglo. Considerado como peligroso tras el fallido golpe de Sanjurjo, fue desterrado a Las Hurdes, una comarca que, por su pobreza, estaba cobrando notoriedad. Hubo una moderada campaña a su favor. Los nacionalistas de Albiñana, tras el asesinato de su jefe en Madrid, al comienzo de la guerra, decidieron sumarse al Tradicionalismo, no a Falange.[7]

El 14 de marzo de 1931, exactamente un mes antes de la proclamación de la República, se iniciaba la publicación de un semanario que se titulaba *La conquista del Estado*.[8] Su creador era Ramiro Ledesma Ramos, hijo de un maestro zamorano, discípulo de Ortega y Gasset, en cuya *Revista de Occidente* publicó varios artí-

culos, admirador profundo de su filosofía, empeñado en oponerse a los separatismos que consideraba como desvertebración definitiva. Ledesma era más un intelectual que un agitador de masas: rechazaba que se le considerara fascista y, era, por su estatismo a ultranza, el más próximo al nacionalsocialismo alemán. En sus exposiciones insistía en la necesidad de superar las antinomias entre socialistas y conservadores tomando de la izquierda la demanda de la justicia social y de la derecha la conciencia nacional; sólo de este modo, añadía, podía evitarse la catástrofe a que España se asomaba.[9] Preconizaba un nacional-sindicalismo y consideraba con menosprecio el movimiento de Albiñana que calificaba de reaccionario: en cambio elogiaba a los anarquistas y a la URSS, que colocaba en el mismo plano que Italia y, más tarde, Alemania. Su colaborador más notable fue Juan Aparicio. La revista desapareció el 25 de octubre y el pequeño grupo que la sostenía se disolvió, aunque permanecieron sus miembros como semilla para un sueño: el de hacer en España una revolución pendiente desde el siglo XIX mediante la conquista del Estado.

En Valladolid, siempre por estas mismas fechas, surgió el tercero de los dirigentes nacionalistas españoles, Onésimo Redondo Ortega, antiguo lector de español en la Universidad de Mannheim, católico sincero y muy practicante, admirador del nacional-socialismo alemán, todavía en la oposición, empeñado en buscar alguna posible fórmula de conciliación entre el idealismo hegeliano, aprendido de sus maestros y la fe católica, de cuya verdad no dudaba. En otras palabras, creía que esa especie de retorno a Platón era el modo correcto de superar las contradicciones que el nominalismo ha dejado en los presupuestos doctrinales del liberalismo y del capitalismo: España era, para él, algo que tenía esencia propia muy por encima de la suma de individuos –ciudadanos– que la componen. Se manifestaba, en la Historia, a través de valores esenciales siempre enmarcados en el catolicismo.[10] Campesino de origen y de vocación, su primer proyecto consistió en crear un sindicato de remolacheros agrupando a los pequeños propietarios o arrendatarios para imponerse a las grandes empresas azucareras que imponían condiciones y precios a sus proveedores.[11] Como el periódico de más arraigo y difusión en Castilla y León, llamado aún *El Norte de Castilla*, propiedad de la familia de Santiago Alba, era portavoz de opiniones e intereses favorables al capitalismo y por ende a las azucareras, Onésimo decidió fundar un semanario al que, por referencia la Revolución pendiente, llamó *Libertad*: el primer número salió a la calle el 13 de junio de 1931. No rechazaba el recurso a la violencia.

La clientela de Onésimo Redondo, que éste trató de integrar, el 9 de agosto de 1931 en las Juntas Castellanas de Acción Hispánica, estaba formada por campesinos y comerciantes modestos, aquéllos a quienes más molestaban las reformas anunciadas por los socialistas desde el Gobierno. Podría creerse que militaban a la derecha del espectro parlamentario, como los alfonsinos de Renovación Española, de claro componente burgués o como la Comunión Tradicionalista que, en la reunión secreta de Leiza, había formulado su intención de reorganizarse para asumir la defensa de los valores eternos contra la República. El Gobierno Azaña había clasificado a todos estos grupúsculos dentro del común denominador de la nostalgia. Lo mismo hacía con José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador, que trataba de salvar la memoria de su padre... y algo más.

3. Sin embargo esta apreciación, demasiado simple, no era correcta. No debemos olvidar la influencia de Ortega y Gasset y su profunda decepción después del advenimiento de la República. Algunas veces se le ha reprochado que no llegara a crear un sistema metafísico, pero él no quería convertirse en fundador de nada, sino aplicar su pensamiento vivo y abierto a los problemas, convencido incluso de su provisionalidad. En realidad su conocimiento de Alemania y de Europa le permitía descubrir que la gran cuestión de «nuestro tiempo» era superar la contradicción entre subjetivismo individualista (si sólo es verdad lo que a mí me parece caeré en el escepticismo de rechazar toda verdad, reduciéndola a opinión) y objetivismo racionalista (la verdad está ahí y sólo tengo que descubrirla) introduciendo un factor de perspectiva: hay una realidad efectivamente objetiva, pero los puntos de vista con que los hombres la contemplan son válidos, aunque incompletos. No quería someterse la vida a la razón sino instalar ésta en el plano de lo vital.

Traducido a términos políticos aparecía pronto algún tipo de propuesta como la de Alfonso García Valdecasas, ortegiano: había que superar las contradicciones haciendo confluir las corrientes en un punto, una especie de Frente español para salvación de la República. Unidad era un propósito y una aspiración que sentían todos los grupos. A pesar de las graves diferencias de opinión y de conducta que entre ellos existían, Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma decidieron unir sus grupos para formar las Juntas de Ofensiva Nacionalsindicalista (JONS). Esto sucedió antes del 30 de noviembre de 1931.

Los jonsistas eran pocos, jóvenes y muy decididos: utilizaron como emblema el yugo y las flechas porque, habiéndolos visto en el escudo de los Reyes Católicos, los tomaron por signo de unidad nacional; ellos lanzaron por primera vez el grito de ¡España, una, grande y libre!; y enarbolaron una bandera roja y negra porque eran los colores de los anarquistas, a los que decían comprender. Calificar a las JONS de movimiento de extrema derecha puede resultar cómodo desde el punto de vista de la propaganda izquierdista, que no puede admitir, sin caer en confusión, que haya otra «izquierda» que la suya, pero confunde a los historiadores. Desde el primer momento las JONS se declararon radicalmente enemigas del marxismo, del separatismo vasco y catalán y de la derecha burguesa: pretendían precisamente ofrecerse como una alternativa de izquierda humanista y apreciadora de los valores religiosos. Onésimo, especialmente, sostenía que había que oponer al materialismo una fuerte renovación espiritual partiendo de esas clases medias agrarias y comerciales que tanto abundaban en Castilla.

Al producirse el golpe de Sanjurjo, Onésimo huyó a Portugal y regresó pronto. El Gobierno azañista no creía que las JONS tuvieran porvenir, a pesar de lo cual suspendió el periódico *Libertad*. Salió entonces a la calle otro llamado *Igualdad* y todavía permanecía en reserva la cabecera de un tercero que habría de llamarse *Fraternidad*.

4. Fue José Antonio Primo de Rivera quien, según Payne, «llegó a reunir a las diversas corrientes fascistas existentes durante la República».[12] Nacido en 1903, marqués de Estella a la muerte de su padre, no fue militar sino jurista, escritor brillante, poeta a veces y uno de los mejores oradores políticos de su tiempo. Es fácil detectar, en sus obras la influencia de ciertas lecturas como Spengler, Kayserling, Marx, el de la

«maravillosa dialéctica», Lenin, Ortega y Gasset y los tradicionalistas.[13] Hasta principios del año 1933 pareció que su única preocupación consistía en defender la obra del Dictador, que estaba sufriendo muchos ataques y calumnias. Quiso ser diputado, presentando en Madrid su candidatura y obtuvo la mitad de los votos que su oponente, el liberal Bartolomé Manuel Cossío, lo que sin el respaldo de un partido político ya era un reto.

La derecha institucional no le prestó apoyo: eran muchos los que deseaban que se olvidase cuanto antes su colaboración con la Dictadura. Durante el bienio azañista se dedicó a montar su bufete de abogado y a leer, tratando de poner orden a sus ideas: como muchos de los jóvenes de su generación se sintió atraído por los grandes éxitos que cosechaba el fascismo en Italia: lucha contra el paro, superación de las deficiencias alimenticias, desarrollo industrial, cese de la emigración casi forzosa por falta de recursos, resistencia satisfactoria a los efectos de la gran depresión y elevación a niveles de prestigio cuya fragilidad no había sido descubierta todavía.

Comenzó siendo vicesecretario de la Unión Monárquica (2 de mayo de 1930) pero apenas podía ocultar su resentimiento hacia los Borbones que se mostraran, a su juicio, desagradecidos con el general: es ésta una idea que Franco hará suya. También le molestaban los profesionales de la política y los intelectuales que hacían alarde de liberalismo. De Ortega y Gasset, al que demostró siempre un gran aprecio que no fue correspondido, extrajo el convencimiento de que se necesitaba crear una elite capaz de realizar la revolución desde arriba: el nacionalismo, si se le convertía en patriotismo, podía ser el gran aglutinante.

Al producirse la victoria de Hitler, mal comprendida y peor interpretada, avivó el interés de los españoles por los movimientos totalitarios. Manuel Delgado Barreto, colaborador del Dictador en otro tiempo, antiguo director de *La Nación*, creó un semanario que llamó *El Fascio*, destinado a difundir esta doctrina: pidió colaboraciones a Ramiro Ledesma, que prometió emplear a sus jóvenes en la difusión del periódico, a José Antonio, a Rafael Sánchez Mazas, a Ernesto Jiménez Caballero y a Juan Pujol; todos colaboraron. Se lograron suscriptores suficientes para garantizar una continuidad larga. Estaba compuesto el primer número con fecha 16 de marzo de 1933, pero en el último instante el Gobierno, que entendía la libertad de prensa como relacionada únicamente con su propia propaganda, decidió prohibir la distribución y recoger los ejemplares ya impresos.[14]

El principal obstáculo con que tropezaría José Antonio sería su propio apellido: nadie parecía dispuesto a considerarle como otra cosa que el continuador de la Dictadura. Los financieros bilbaínos, que buscaban protección para sus intereses preferían entenderse con Indalecio Prieto, que les prometía un socialismo menos reivindicativo, o con Demetrio Carceller, un antiguo obrero elevado a su propio nivel y convertido ahora en empresario petrolífero. Encontró en cambio un colaborador eficaz en Julio Ruiz de Alda, el aviador compañero de Ramón Franco en el vuelo del Plus Ultra. Ambos compartían la desconfianza hacia el capitalismo. Antes del verano de 1933 comenzaron a repartir entre los estudiantes octavillas invitándoles a incorporarse a un movimiento que José Antonio prefería llamar sindicalista, pero Ruiz de Alda prefería denominarlo Falange Española. Triunfó, como es sabido, este segundo criterio.

Entre los días 19 y 22 de julio más de un centenar de muchachos que repartían

las octavillas fueron detenidos; algunos incluso permanecieron dos semanas presos antes de ser libertados. Era una demostración de las escasas garantías que la República ofrecía a quienes intentaban moverse fuera del esquema parlamentario. De ahí que, al convocarse las elecciones de setiembre de 1933, decidiera José Antonio incluir su candidatura entre las de la CEDA en la provincia de Cádiz; un acta de diputado era entonces imprescindible. Pero esto no significaba que aceptara detener los preparativos que estaba haciendo para fundar un Movimiento. Dimitido Lerroux, era presidente del Gobierno, encargado de realizar las elecciones Diego Martínez Barrio.

El 29 de julio de 1933 se celebró un acto en el teatro de la Comedia de Madrid para anunciar las que serían líneas fundamentales de Falange Española. Ramiro Ledesma asistió instalado en un palco; en otro estaban cinco muchachas, incluyendo a Pilar Primo de Rivera. Hablaron tres oradores, Ruiz de Alda, Alfonso García Valdecasas y José Antonio, pero sólo las palabras de este último tuvieron eco. Eran voces jóvenes y pretendían encarar el futuro.

II. LA DOCTRINA FALANGISTA.

1. Por el importante papel que desempeñó depués en la organización política que Franco llamó Movimiento Nacional es imprescindible que nos detengamos a analizar, hasta donde sea posible, el contenido doctrinal que en el primer momento tuvo. La pieza oratoria de José Antonio del 29 de octubre es magnífica. Comenzó con una alusión negativa a Juan Jacobo Rousseau, al que calificó de «hombre nefasto en la Historia», lo que significaba rechazar de raíz el liberalismo y todo cuanto supusiera reducción de la noción de libertad a la autonomía individual. En su número del 30 de octubre, *El Sol* reconoció el valor poético del discurso, pero rechazó su contenido, porque era fascista y, además, de un fascismo inauténtico. Los demás periódicos coincidieron tanto en la calificación de fascista como en el escaso valor de su contenido.Víctor Pradera, en las páginas de *Acción Española,* hizo en cambio cumplida alabanza.

Fue ésta la primera calificación que José Antonio rechazó. En varias ocasiones repitió la tesis de que «todos saben que mienten cuando dicen de nosotros que somos una copia del fascismo italiano», aunque reconoció que su movimiento «ha tomado del fascismo italiano aquello que el fascismo tiene de unidad, de autoridad y de sustitución de la lucha de clases por una idea de cooperación». Así todos los años sin desviarse de esta afirmación. Por tanto hemos de reconocer que la calidad de fascista –en un momento en que no tenía el carácter peyorativo– le es atribuida por otros y no por él, que admitió «semejanzas» pero no identidad.

En el discurso de la Comedia aparecen ya perfiladas seis afirmaciones doctrinales que en escritos posteriores fue ampliando, sin que pudiesen dada la brevedad de su vida, alcanzar la plena madurez:[15] dotado de gran destreza en el uso de la palabra supo expresarlas por medio de frases poéticas, que a veces resultan insustituibles. No hay más remedio que acudir a ellas; además se utilizaron como tópicos durante el Régimen de Franco, dando origen a que se interpretaran de manera escasamente correcta. Y, sin embargo, debemos decir que, a nuestro juicio y durante más de veinte años, sirvieron para moldear y proponer un proyecto político. Muchos

falangistas reprocharían amargamente a Franco haberse servido de su doctrina en lugar de servirla: de esta constatación hicieron fundamento para una oposición al Régimen.

2. Falange Española se presentaba a sí misma como un movimiento y no como un partido; en ocasiones, José Antonio llegó a decir que se trataba de «anti-partido» porque entendía que partido significa división o parcelación de la unidad, que le parecía malo, mientras que un movimiento impulsaba la voluntad de una sociedad unida hacia objetivos de bien común. El bien común tampoco podía definirse como la suma de bienes individualizados sino como algo que afectaba a la totalidad: las palabras total, totalidad y totalitarismo son frecuentes, siendo usadas en concepto de servicio completo a los ciudadanos. A este respecto entendía que el Estado debía colocarse enteramente al servicio de sus ciudadanos y no al de un partido o grupo de partidos políticos: hay una gran diferencia con el totalitarismo alemán o soviético. Concluía diciendo que «la Falange no es tan sólo un modo de pensar sino, sobre todo, una manera de ser».

De aquí que algunos falangistas posteriores, como Hillers, hayan recomendado considerar el pensamiento de José Antonio como una «Weltanschauung», es decir una concepción del mundo y de los hombres. No era sólo esto, pues en otro momento el fundador de Falange añadiría que «la vida ha de vivirse con sentido de servicio y disciplina» siendo «mitad monjes y mitad soldados» como el cardenal Cisneros. Lo que significaba una inversión de algunas de las expresiones al uso anteponiendo deberes a derechos, haciendo depender éstos del cumplimiento de aquéllos. Ahora bien, esa concepción se declaraba básicamente católica: «la interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera, pero además históricamente la española». En cierta ocasión comentaría que aunque no se pedía a nadie ser católico para ingresar en Falange, dudaba que pudiera perseverar en ella quien no profesara esta fe.

Había un peligro de confusión entre este axioma que procedía del Tradicionalismo y el clericalismo tantas veces asociado a este último. Por eso se incluiría en los «puntos» de Falange uno que causó escándalo entre los obispos de entonces, exigiendo radical separación entre Iglesia y Estado, por lo que fue suprimido después de la guerra. José Antonio se refería a un hecho: todo el pensamiento iusnaturalista español era católico y, por tanto, la referencia de las leyes positivas a los principios morales era siempre una referencia a valores católicos; y esto no podía ni debía ser cambiado porque la Fe de la Iglesia –aquí había mucho de declaración personal que no compartía Ramiro Ledesma– además de ser la correspondiente a la nación española, es la verdadera. Falange amplió progresivamente la participación de eclesiásticos en su vida y algunos grandes personajes, a menudo discutidos, como fray Justo Pérez de Urbel, el P. Llanos, el futuro cardenal Enrique y Tarancón o don Fermín Yzurdiaga, se formaron en ella. Ahora bien: el catolicismo aparecía como punto de referencia incontrovertible y no como estructura orgánica; José Antonio no aceptaba que hubiese una sola fórmula política para el catolicismo sino varias, y la suya era una de ellas.

Fue esta afirmación la que evitó ciertos riesgos: rechazando el materialismo, con mención especialmente dura contra el económico, se daba primacía a «lo espiritual», creador, y se añadía que un «aspecto preeminente de lo espiritual es lo religioso». Enfrentándose al marxismo y a los liberalismos agnósticos o aconfesionales,

José Antonio explicaba que ante el tema de Dios no valían las ambigüedades: había que responder no –como marxismo y nacionalsocialismo hacían– o sí, como proponía Falange; no era lícito responder no sé o no quiero saber, como era propio de los varios liberalismos. En definitiva el falangismo nacía en radical oposición a los propósitos expresados por Azaña en la famosa frase de «España ha dejado de ser católica»; ni había dejado de serlo pues estaba en juego su propia identidad, ni podía formularse legítimamente tal propósito.

3. De manera categórica se dijo en los «puntos» que «España no es un territorio ni un agregado de hombres y mujeres» sino «ante todo unidad de destino» en lo universal, «algo distinto» y «superior» a cada uno de los individuos y de las clases y de los grupos que la integran. La diferencia entre esta concepción y la que sostenía el texto constitucional de 1931, se tornaba dramática porque una y otro eran recíprocamente excluyentes. Para que no hubiera duda, en el programa falangista de noviembre de 1934 se dijo respecto a la Constitución: «exigimos su anulación fulminante». Y no había la menor duda al respecto. No es extraño que la República considerara, a partir de 1935, que necesitaba extirpar de raíz el movimiento falangista antes de que fuese demasiado tarde.

Unidad de destino quería decir no sólo que a España correspondiese aún el cumplimiento de alguna clase de misión en el mundo sino que estaba unida solidariamente con su pasado –construcción de Hispanoamérica– al que no podía renunciar. Esta tarea había permitido a la nación española alcanzar el «imperio», una categoría que sólo alcanzan las que son capaces de lograr la «unidad histórica, física, espiritual y teológica». España había sido imperio, con lengua imperial, según el conocido análisis de Nebrija, porque había sido capaz de transmitir a otros todo eso; y en el futuro, para seguir ostentando ese rango que era «plenitud histórica de España» reclamaba su «condición de eje espiritual del mundo hispanico». Expresiones como ésta sembraron después la inquietud y hasta el odio contra Falange Española, como si ésta tuviera pretensiones colonizadoras o imperialistas en América.

Pero la noción de «imperio» en el pensamiento de José Antonio no conducía a empresas exteriores sino que estaba relacionada con la de plena soberanía, según explicó en el discurso del 3 de marzo de 1935, en Valladolid. Plenitud de soberanía que rechaza cualquier noción o vínculo de dependencia. Para ello apelaba incluso a la doctrina de Santo Tomás de Aquino: aquellos pueblos que asumen sobre sí mismos el «imperium» gozan de plena libertad; en caso contrario se encontrarán sometidos al imperio de otros. La doctrina soviética de la soberanía limitada de los países sometidos, la norteamericana, expuesta ya por Monroe, o la hitleriana coetánea, son buen ejemplo del alcance que tienen estas expresiones.

España era una nación y algo más que una nación unida en sus partes, cuya diversidad y diferencias no rechazaba. Pero nación le parecía insuficiente pues, derivando de naturaleza, propendía a despertar un amor físico por el paisaje, complaciente y nostálgico en su concupiscencia, dulce y limitado ya que se repliega más y más al valle donde uno naciera o al caserío en que se educara. Sólo transmutando la nación en Patria lo pequeño se tornaba grande y lo nostálgico emprendedor: pues la Patria es empresa común, de los que han sido, son y también de los que vendrán,

acumulación de un patrimonio que las generaciones presentes deben cuidar, conservar, enriquecer y, finalmente, entregar a las venideras.

No se trataba tampoco de complacencia en lo que España era. «Nosotros amamos a España porque no nos gusta». La conjunción resulta en esta frase esencial: un inconformismo permanente debía empujar a los españoles a no contentarse con lo que tenían, que eso sería «gustar», sino a lanzarse cada vez más lejos y más alto en ese destino común. A esto añadió que «viviendo el mundo los últimos instantes de la agonía del orden capitalista y liberal» (2 de febrero de 1936) España debía prepararse para actuar en un «orden nuevo». De orden nuevo también hablaba Hitler por estos años. Pero el historiador tiene la sensación de que existen muy notables diferencias entre uno y otro.

4. Lo que permite clasificar a José Antonio dentro de los movimientos fascistas, dando al calificativo su sentido genérico, es, sin duda, el rechazo del sistema liberal parlamentario tanto como del marxismo. No aceptaba de ninguna manera la alternativa socialismo = democracia como entonces se planteaba; creía en la posibilidad de formular una vía lejos de ambos. «Menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre»; «queremos implantar una justicia social profunda»; y «si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia» porque «cuando se agotan los recursos de la polémica no hay mas dialéctica que la de los puños y las pistolas». Sin embargo los jóvenes falangistas se quejaron constantemente de que José Antonio les frenaba, impidiéndoles replicar de manera adecuada a la violencia que en 1935 y 1936 se había enseñoreado de las calles españolas.

En los escritos de José Antonio existe una casi continua referencia al Estado, cuya divinización, signo de nuestro tiempo, repudiaba porque «el bien y la verdad son categorías permanentes de razón» y no producto de la voluntad. Aunque la mayoría abrumadora de los ciudadanos lo negase, la luz seguiría existiendo. Por consiguiente una especie de superstición, que impide quebrantar la ley cuando ésta es injusta o produce resultados injustos, le parecía recusable: pero el rechazo de la legalidad constituye siempre violencia. La legitimidad de origen de un Estado no basta para justificarlo: es imprescindible la legitimidad de ejercicio. En consecuencia es lícito, aunque no sea legal, resistir al Estado injusto que ha perdido de este modo su legitimidad. El P. Francisco Suárez había escrito páginas importantes sobre esta cuestión siglos atrás. A él se refería José Antonio. De hecho, comentó en el Parlamento, la República había nacido de un acto de violencia que de ninguna manera censuró.

Justicia profunda y libertad profunda, es decir, no aquellas que se limitan a fórmulas externas o a otorgar a los ciudadanos el derecho a depositar un papelito en las urnas –«el mejor destino de las urnas es romperlas»– sino a lo que afecta a la existencia humana: el Estado, «instrumento totalitario al servicio de la integridad patria» debía promover y fomentar aquellas decisiones que permitiesen generar: empleo permanente, beneficios económicos para el conjunto de la sociedad, estabilidad de la familia, respeto a la persona individual, paz y seguridad en la calle y todas aquellas otras cosas que deben permitir al ser humano organizar su propia existencia. Una de las razones que esgrimía contra los partidos políticos era precisamente que mediatizaban y coartaban esta libertad obligando a los ciudadanos a someterse a una disciplina de intereses.

5. El acto fundacional en el teatro de la Comedia fue autorizado por el Gobierno, creyendo sin duda que se trataba de una actividad de la campaña electoral, y transcurrió sin incidentes. El 2 de noviembre, José Antonio vio cumplido el primero de sus objetivos que era disponer de un órgano legalizado que asumió el nombre de Falange Española; a ella no se sumó el tercero de los oradores del 29 de octubre, Alfonso García Valdecasas, que, probablemente, no esperaba una tan radical declaración de independencia. Desde las últimas semanas de este mismo año, 1933, el número de afiliados y simpatizantes creció con bastante rapidez, aunque todos los indicios apuntaban a dimensiones muy minoritarias. Al tiempo que surgía la organización política, se procuraba crear sindicatos paralelos: uno de estudiantes, otro de taxistas, fueron los primeros en constituirse.[16] Como signo externo, los españoles reconocían en Falange una gran juventud; para la derecha, que estaba logrando sus primeros éxitos dentro del sistema, era un movimiento molesto porque podía identificarla con la oposición al parlamentarismo.

Los consejeros de la Embajada alemana en Madrid, respondiendo a las instrucciones que desde Berlín se enviaban, alegaron que no había en España ningún partido que pudiera considerarse afín al nacional-socialismo ni tampoco ningún posible dirigente capaz de crearlo. Pero después del discurso de la Comedia, siendo ya el mes de diciembre, Volckers recomendó que se invitase a José Antonio a una visita a Berlín, con objeto de estudiarle de cerca. La invitación fue cursada por el «Deutscher Auschlands Club» que presidía Arnold von Engelbrechten. Fue recibido por Hitler. El fundador de Falange hablaba correctamente el frances y también el inglés, pero no el alemán, de modo que la entrevista, muy breve, necesitó de un intérprete y careció absolutamente de importancia.[17]

Ni siquiera habló posteriormente de ella. Falange recibió alguna ayuda económica del Partido Fascista italiano, muy escasa, pero no tuvo, antes de julio de 1936, ni la menor relación con el Nacionalsocialismo. Era natural. Toda la doctrina expuesta en la Comedia, que se centraba en esa consideración del hombre como «portador de valores eternos» y en la asunción plena de los valores religiosos, resultaba diametralmente opuesta al racismo y estatismo hegelianos. Las referencias de simpatía de Primo de Rivera siempre se dirigían al fascismo italiano. En 1934 o 1935 todavía la opinión pública reconocía las diferencias entre ambos países, que borraría tras la constitución del Eje. Ni una sola mención a las experiencias que hubiera podido recoger en Alemania.

III. VICTORIA ELECTORAL DE LA CEDA.

1. Comenzaba a advertirse un giro en la opinión pública española, decepción entre los eventuales votantes de la izquierda y nuevos ánimos para sus enemigos. El compromiso inmediato que suponía la convocatoria de elecciones anticipadas, movió a las fuerzas de la derecha a buscar una unión. Como aglutinante actuó el movimiento político que, por inspiración de Ángel Herrera, director de *El Debate* y de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNDP), impulsaba un joven catedrático de Derecho de la Universidad de Salamanca, llamado José María Gil Robles. Discípulo del P. Ayala, Herrera sostenía algunas de las doctrinas que llegarían a ins-

pirar a la democracia cristiana en la inmediata postguerra: Monarquía o República, en cuanto formas de Estado, son igualmente legítimas y, por tanto, la elección entre una u otra, meramente opinable; lo importante era conseguir de ambas acatamiento de los principios morales inherentes a la persona humana. Gil Robles sostenía que muchos de estos principios se hallaban conculcados desde 1931. Él no pretendía restaurar la Monarquía, sino rectificar la marcha de la República.

La campaña electoral fue, en esta ocasión, muy apasionada. El gran bloque de la CEDA afirmó que aspiraba a una victoria total y, para conseguirla, abrió su abanico de posibilidades admitiendo toda clase de candidatos siempre que fuesen contrarios al socialismo y al laicismo. José Antonio Primo de Rivera fue diputado por Cádiz a pesar de que, en su discurso de La Comedia, había rechazado la idea de ser considerado como de derechas o de izquierdas. Algunos candidatos pertenecían a Renovación Española, de Antonio Goicoechea, que era abiertamente monárquica. En el primer número de la revista *FE*, aparecido el 7 de diciembre de 1933, José Antonio quiso dejar claro que no se consideraba comprometido con la CEDA y su victoria.

Gil Robles irrumpiría en la escena política española con gran ímpetu: las derechas creyeron encontrar en él un hombre de la talla de Azaña. Algunos historiadores suponen que acariciaba el proyecto de convertir la CEDA en un gran partido de masas, al modo moderno, con base programática común pero provisto de ramas, tendencias y familias, para lo cual acentuaba más y más su jefatura personal. Probablemente hubo exageración en las actitudes aclamatorias de sus partidarios. En 1933 la CEDA parecía más bien una salida de emergencia nacida para cerrar el paso a la otra coalición coyuntural de laicistas, socialistas y republicanos. Fuerte en algunas regiones como Castilla, no pudo extender eficazmente su acción a las provincias vascas y a Cataluña, grandes reservas de conservadurismo y religiosidad, porque el Partido Nacionalista y la Lliga, respectivamente, acaparaban este espacio político.

Tomó a su cargo la promoción de la candidatura de Primo de Rivera Ramón de Carranza, marqués de la Posadilla, que luego sería alcalde de Cádiz. En la campaña electoral jugó únicamente el recuerdo de la Dictadura y la influencia que la familia ejercía en aquella comarca.

2. Las elecciones del 19 de noviembre de 1933 fueron las primeras que, en España, dieron lugar a reuniones, discursos y actos de propaganda propios de los sistemas modernos. Aunque el cacicazgo no había desaparecido del todo, se confiaba más en la captación de votos individuales: fueron invertidas grandes sumas de dinero. Existe la convicción de que los desembolsos de la CEDA fueron mayores que los de sus adversarios pero no existen cifras absolutamente exactas. Los sindicatos y movimientos anarquistas, CNT y FAI, recomendaron la abstención como protesta por la política «burguesa» que había reprimido sus revueltas durante el bienio azañista. El ambiente era, por tanto, favorable a la derecha. Grandes cambios de posición se estaban produciendo en el interior mismo de los sectores políticos. La quiebra del programa de Azaña y su dimisión había provocado fisuras y repliegue en aquellos mismos sectores que colaboraran en el advenimiento de la República. Alejandro Lerroux y su protegido, Diego Martínez Barrio, ambos masones –el primero «durmiente» con toda probabilidad en esta época y el segundo elevado a venerable maestre y grado

33– impulsaban al radicalismo un golpe de timón que le alejaba poco a poco de la izquierda para aproximarle a sectores moderados.

El fenómeno más importante se estaba produciendo entre los socialistas: la llegada de Hitler al poder, que desbancaba al socialismo internacional alemán y lo sustituía por un socialismo nacional anticomunista pero proclive a dictadura de partido, hizo reflexionar a muchos. Besteiro, que se movía en la abstracción doctrinal, fue desbordado por Francisco Largo Caballero que, de colaborador con la burguesía, había pasado a reclamar la dictadura del proletariado. La CEDA empleaba abundantemente sus juventudes en actos electorales y en la propaganda. Los socialistas crearon los «grupos deportivos», casi uniformados, con pañuelo rojo y cantos revolucionarios –los chíribis– que comenzaron a recibir instrucción para la lucha callejera. Comenzaba a destacarse, como dirigente de estas Juventudes Socialistas, Santiago Carrillo, hijo de un antiguo dirigente del Partido. Un periódico de provincias, *Avance*, editado en Gijón, preparó los ánimos de los sindicatos socialistas asturianos para la conquista del poder por la fuerza, si fuera necesario.

Largo Caballero acudió a clausurar la Escuela de Verano que las Juventudes Socialistas organizaron en Torrelodones. Fue el suyo un discurso inflamatorio en que, imitando a los comunistas, reclamó la dictadura del proletariado. Se le aclamo con entusiasmo y, desde entonces, fue llamado «Lenin español». Estaba proponiendo a sus jóvenes interlocutores que rompiesen con la «mentira» de la «República burguesa» porque la meta de la revolución no podía ser otra que la victoria del proletariado. Poco más tarde, en el mitin del cine Europa, las palabras de Largo Caballero sonaron más violentas: «Hemos cancelado nuestros compromisos con los republicanos. Fieles a nuestra doctrina, la clase trabajadora debe aspirar a tener en sus manos el poder, íntegramente. Hemos de luchar hasta convertir el régimen actual en una República socialista».[18] Antes de las elecciones del 19 de noviembre, dijo Indalecio Prieto: «si las fuerzas reaccionarias llegan al poder, el pueblo estará en el deber de levantarse revolucionariamente». Fueron pues los socialistas quienes se adelantaron a invocar el golpe de fuerza como fundamento de una nueva legitimidad.[19]

De momento, esta actitud beligerante restó simpatías a los socialistas, a quienes el enfado anarquista privó también de muchos votos. Sabemos que Franco, sin inscribirse a ningún partido, votó a favor de la CEDA. Esta agrupación logró la mayoría relativa pero no el éxito aplastante que esperaba: sus adversarios la calificaron de «amenaza fascista». No entraba en los cálculos de Gil Robles una maniobra como la que los enemigos le atribuían. Por eso los 115 diputados que obtuvo en unas Cortes de 470 miembros resultaron insuficiente para efectuar los cambios que preconizaba. Por sectores podía decirse que la derecha reunía 217 votos, el centro 158 y la izquierda 95. Los radicales de Lerroux, con 102 diputados, dominaban el centro mientras los socialistas, con 60, pasaban a ser minoría. El gran vencido era Azaña: su partido de Acción Republicana iba a contar con 5 escaños en el nuevo Parlamento. Lo único que podía ofrecer era el peso de su acusada personalidad y no quiso inclinarla hacia la moderación sino hacia la izquierda.

3. Las elecciones de noviembre de 1933, que confirmaron las perspectivas esbozadas en las municipales de aquel mismo año, no resolvieron ninguno de los problemas que aquejaban a la República: pusieron de manifiesto la existencia de una rup-

tura que preludiaba la guerra civil. Los primeros que reaccionaron contra el resultado de la consulta fueron los anarquistas: cuando aún gobernaba Martínez Barrio, por no haberse efectuado la transmisión del poder, estallaron disturbios muy graves en la Rioja (8-14 de diciembre de 1933). Hubo 14 muertos y 63 heridos entre los policías y 64 y 101 respectivamente entre los amotinados. El Partido Socialista condenó esta violencia. Pero desde las páginas de *El Socialista* no dejó de incitarse a la lucha de clases.

Como sucede con frecuencia en España, los resultados de la votación se interpretaron de acuerdo con los sentimientos propios y no de otra manera. Cada bando acusaba a su rival de cometer fraude. La izquierda, que había establecido primas para la mayoría, veía con desilusión cómo esta medida que debía asegurar su permanencia se volvía en contra. Su prensa otorgó mucha importancia a la abstención recomendada por los anarquistas, pero es dudoso, dada la caída vertical de sus electores, que una actitud distinta hubiese podido modificar el resultado. Más allá de las apreciaciones coyunturales existía una cuestión de fondo que, huyendo en lo posible de partidismos, tenemos que intentar comprender.

Para el bloque de izquierdas el resultado de las elecciones fue una sorpresa y, además, una usurpación: ellos habían traído la República y por consiguiente era «legítimamente suya». Ahora, por un golpe electoral, se les arrebataba «ilegítimamente» por la «reacción».[20] Un editorial de *El Socialista*, escribió: «En esta lucha electoral ha naufragado la República burguesa. El régimen republicano no nos sirve».[21] Especialmente los partidos Socialista y de Acción Republicana asumieron este punto de vista. Puesto que se estaba dando un salto atrás, cualquier medida, incluso la violencia –con fuerte protesta en este caso de Gil Robles– se convertía en legítima si servía para devolver las cosas a su lugar debido. España se estaba partiendo en dos mitades que se odiaban y temían al mismo tiempo. De nuevo *El Socialista* escribió un editorial recomendando a sus lectores que satisficiesen «el poso de odio imposible de borrar sin una violencia ejemplar y decidida».[22]

Lerroux formó gobierno, sin atreverse a incluir ni un solo ministro de la CEDA, pese a ser el partido más votado. Ello no obstante, Indalecio Prieto, dirigiéndose a Gil Robles, pronunció las siguientes palabras: «Cuando llegue la hora de la catástrofe, señor Gil Robles, nos opondremos a vuestro asalto al poder apelando a todos los medios que, forzosamente, han de ser los de la violencia. Decimos, señor Lerroux y señores diputados, desde aquí al país entero, que públicamente contrae el Partido Socialista el compromiso de desencadenar la revolución».

Resultan, por esta razón, absurdas las argumentaciones que todavía se repiten acerca de legitimidades conculcadas. Desde el 14 de abril de 1931 se había renunciado al respeto a la legitimidad de origen buscándose en cambio el modo de establecer una nueva: y esto era, indudablemente, revolución. El único modo de hacerla era la violencia, en cualquiera de sus formas y no tan sólo la que se traduce en derramamiento de sangre, aunque nadie parecía dispuesto a renunciar a esta última. Violencia era lo que estaba haciendo Hitler en Alemania, después de haber obtenido una victoria electoral, a fin de implantar el III Reich, y violencia había sido necesaria para derribar al Kaiser e implantar la República de Weimar. Gil Robles, cuando replicó a los socialistas «todo menos la violencia» se estaba refiriendo únicamente a la de los puños y de las pistolas. Pero, como todo el mundo, se estaba sintiendo

atraído por el fenómeno hitleriano: el 30 de agosto de 1933 asistió como observador al congreso nacional-socialista de Nürenberg, y probablemente experimentó, como muchos de los que se acercaban a los círculos próximos al Führer, un estremecimiento de temor y repulsión; la impresionante masa disciplinada, que Leni Riefenthal supo captar con la cámara cinematográfica, no era de aplicación deseable.

Pero los uniformes comenzaban a surgir, pañuelos rojos y camisas, y también la sangre. Socialistas y comunistas asumieron la responsabilidad de causar las primeras víctimas. Falange Española consideró como su primer caído –había otros anteriores– al joven estudiante Matías Montero, abatido a balazos en una esquina de la calle Mendizábal, en Madrid, mientras repartía propaganda. Y, a los pocos días, en un enfrentamiento en El Escorial, moría otro joven estudiante de Acción Popular. Sus correligionarios reclamaron represalias.[23] Desde 1934 se entró en una espiral de violencia.

4. Contando con apoyos morales y económicos que procedían de muy diversos sectores, entre los que no faltaban los monárquicos, Falange Española creció con bastante rapidez, a diferencia de las JONS. Nunca lograría superar las dimensiones de un partido minoritario. José Antonio trataba de darle contenido intelectual, invocando el pensamiento de Ortega y de Unamuno como fuentes de inspiración y creando una tertulia en «La Ballena Alegre» a la que concurrieron Rafael Sánchez Mazas, José M.ª Alfaro, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Samuel Ros y Eugenio Montes. De hecho abundaban en sus filas universitarios y profesionales que contribuían a darle ciertas normas de comportamiento que permitieron a sus adversarios motejarlos de señoritos. Adoptó el uniforme de la camisa de color azul oscuro, que no era exclusivamente suya, pero que contribuyó a que sus formaciones adquiriesen cierto tinte militar. Luego vino el saludo romano de la mano extendida para oponerse al puño cerrado de la mano izquierda que usaban los marxistas. El uniforme socialista era, como dijimos, el pañuelo rojo y el saludo de Acción Popular de la mano abierta con la palma extendida.

Crecer sin pausa era en aquellos momentos la consigna. Resultaba inevitable el temor a las acciones que pudieran sobrevenir desde la izquierda. Las huelgas, que expresaban descontentos reales, pero que se manejaban con fines políticos, daban a los ciudadanos una sensación de provisionalidad y emergencia. Se anunciaba la revolución. El 4 de febrero de 1934, en el cine Pardiñas de Madrid, Indalecio Prieto anunció solemnemente: «Pronto el Partido socialista y la Organización sindical, tendrán que cumplir el destino que la Historia les ha deparado; hágase el proletariado cargo del poder y haga de España lo que España se merece; no debéis titubear y si es preciso verter sangre, debéis derramarla; el triunfo socialista es innegable».[24] No se trataba de dar la sangre por la causa sino de derramar la de otros.

La muerte de Matías Montero y el discurso de Indalecio Prieto precedieron en muy pocos días al final de las gestiones que Julio Ruiz de Alda realizaba con Onésimo Redondo: el 13 de febrero de 1934 se decidió la unión de ambos movimientos en uno sólo que se llamaría Falange Española de las JONS. El 4 de marzo, José Antonio se trasladó a Valladolid para celebrar, en el teatro Calderón, el acto que sellaba la unificación. Se distanciaba definitivamente de la CEDA. El teatro estaba lleno de camisas azules, correajes y saludos romanos, lo que daba a las imágenes gráficas cierto aire fascista. Sus palabras fueron, también, mas aceradas y revolucionarias que las

del discurso de la Comedia. Sucedía esto meses antes del viaje a Alemania, que indicaría claramente un viraje en cuanto a la opinión del fundador de Falange. Dejó claro que las elecciones de noviembre, «victoria sin alas», no eran consideradas por los falangistas como la meta deseada, aunque sí anuncio esperanzado de que algo podía cambiar. A la salida del acto sonaron algunos disparos y un falangista cayó muerto: José Antonio se adelantó a mitad de la calzada en la calle de las Angustias, mostrando su valor. Unos días después, en Madrid, una bomba fue lanzada contra su coche. No cabe duda de que había consignas para acabar con su vida.

Así las cosas era casi imposible evitar las represalias: el coronel Arredondo, ayudado por Alvargonzález y por Emilio Rodríguez Tarduchy, había organizado milicias que no comenzaron a actuar hasta el 10 de junio de 1934. Pero entonces el Gobierno Lerroux, sostenido por la derecha, trató de reprimir las actuaciones, clausurando el local en Sevilla, efectuando algunas detenciones y presentando en las Cortes una acusación contra José Antonio –tenencia ilícita de armas– a fin de privarle de la inmunidad parlamentaria. Fue en esta ocasión (junio de 1934) cuando Indalecio Prieto tomó la defensa de José Antonio y éste hubo de darle las gracias.

Algunos jonsistas, como el jovencísimo profesor Santiago Montero Díaz, rechazaron la unificación porque consideraban que Falange iba a empujarles hacia la derecha. Es cierto que el acuerdo del 13 de febrero y el acto del 4 de marzo obligaban a los tres dirigentes, Primo de Rivera, Redondo y Ledesma, a plantearse con seriedad el contenido doctrinal y programa de su movimiento y también las relaciones con otros, bastante semejantes en su apariencia externa, que existían en Europa. La conclusión a que llegaron en el segundo punto fue negativa: Falange Española no era racista, ni podía ser simplemente un partido, no creía ser fascista y tampoco formaba parte de la derecha o de la izquierda. Ramiro Ledesma acabaría situándose en oposición a José Antonio, por esta causa, y sería expulsado de Falange.

Cuando, el 16 de diciembre de 1934, se celebró en Montreux un Congreso internacional de partidos fascistas europeos, Primo de Rivera envió una nota a la prensa explicando las razones por las que se había decidido no asistir: «Falange Española de las JONS no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal; pero va perfilándose cada día con características peculiares y está segura de encontrar precisamente por ese camino sus posibilidades más fecundas».[25] Así pues, las dudas y tanteos de los primeros meses habían terminado, y Falange se preparaba a ser una propuesta política estrictamente española, desde su tradición histórica, y atendiendo a los problemas sociales y nacionales de España. Así lo entendió y repitió más adelante Franco, pero no todos los falangistas, en especial tras el comienzo de la guerra, lo aceptaron: llegarían a formularse adhesiones al fascismo italiano y a constituirse incluso un núcleo pro-nazi bastante serio. Es preciso recordar que la prematura muerte de José Antonio dejó muchas cosas en el aire.

IV. ASCENSO A GENERAL DE DIVISIÓN.

1. Entre las consecuencias menos explicables de las elecciones de noviembre de 1933 figura la composición del nuevo Gobierno. Ningún partido había logrado

mayoría absoluta. En buena lógica parlamentaria el Presidente de la República hubiera debido invitar al jefe de la minoría más numerosa, es decir, a Gil Robles, a intentar constituir la coalición necesaria para disponer del número de votos que se precisaban. No lo hizo así alegando que la CEDA no era un partido sino una confederación de partidos. Pasó el encargo a Alejandro Lerroux. Se aceptaba por tanto el principio que los socialistas invocaban de que el «republicanismo» de la derecha no era aceptable. Había, por parte del Presidente, que temía ser calificado de reaccionario, una iniciativa que desvirtuaba su posición de árbitro. Gil Robles aceptó la solución: tenemos que admitir que temía dar un paso que hiciera sospechar su deseo de hacerse dueño del poder. El golpe hitleriano estaba próximo. Más sorprendente todavía: el partido mayoritario accedió a dar su apoyo al señor Lerroux sin que ni un solo ministro de la CEDA fuera incluido en el nuevo Gobierno.[26]

El hombre de la calle, en general poco informado de las razones últimas de tales decisiones, tenía otra sensación: la del deterioro del orden y desprestigio de la política –gobernaban los de siempre– traducidos en violencias crecientes. Un saldo de 89 muertos y más de 200 heridos en los motines postelectorales era demasiado crecido. Los sectores mas jóvenes, agrupados en la JAP (Juventud de Acción Popular), reclamaron represalias. Y fue entonces cuando se extendió entre ellos la frase de «los jefes no se equivocan». Esta frase ha sido mal interpretada probablemente porque no era prueba de un fetichismo político –«el jefe siempre tiene razón»– sino de una exigencia: cuando se equivocan, los jefes dejan de serlo.

Gil Robles, al aceptar y votar a Lerroux como jefe de Gobierno, probablemente creía que no convenía a la CEDA asumir prematuramente un compromiso que podía resultar costoso. Exigió, a cambio de su voto, tres condiciones: amnistía para Sanjurjo y los demás implicados en el golpe del 10 de agosto de 1932 –algo que necesitaba para tranquilizar a muchos de sus votantes, pero que incidía de nuevo en la parcialidad de las medidas contra los violentos–; freno de la reforma agraria, como si hubiera deseo de no hacerla, lo que no era cierto; y un alto radical en la carrera de leyes antirreligiosas, sin anular las ya existentes.

Estos cambios iban a afectar muy directamente a Franco, que iniciaba el nuevo rumbo que le llevaría a ser primer general de la República y su custodio. En sus *Memorias*, Gil Robles sostiene que hubo por su parte un propósito deliberado y que por esta causa recomendó a Lerroux que, rectificando las arbitrarias disposiciones de Azaña, le ascendiera a general de División.[27] Tenía estricto derecho a ello y era, además, el único militar de alto rango que no había tomado parte en conspiraciones[28] ni cosas por el estilo: era una buena jugada atraer al símbolo quintaesenciado del «africanismo» que seguía teniendo la «espada más limpia de Europa». Es importante no dejarse engañar por apreciaciones partidistas. Recuérdese que tampoco participó en los preparativos del Alzamiento de 1936; se sumó a él cuando pensó que era inevitable alinearse en uno u otro bando.

La primera propuesta de ascenso naufragó por la negativa rotunda de don Niceto Alcalá Zamora. Lerroux entonces decidió no modificar el destino de Franco en Baleares, porque era difícil encontrar otro más honroso para un brigadier, y recomendó a sus amigos y correligionarios mallorquines que extremasen hacia él sus atenciones. Era entonces la gran figura empresarial en las islas don Juan March, cuya intervención en el Alzamiento resultaría de gran importancia.

2. En aquellos meses iniciales de 1934 pocas personas, entre los políticos, dejaban de considerar imprescindible y próximo el recurso a la dictadura. Los depósitos de armas que se descubrían y los documentos que la policía estaba recogiendo, demostraban que los anarquistas, socialistas y comunistas preparaban una revolución y que los atentados personales, las huelgas políticas y en último término el alzamiento eran medios adecuados para lograr este propósito. Conspiraban los carlistas: en marzo de 1934 una comisión formada por Rafael Olazábal, Antonio Lizarza, Emilio Barrera y Antonio Goicoechea visitó a Mussolini para solicitar ayuda, y el Duce ofreció contribuir con un millón y medio de pesetas, situado en Trípoli, a un golpe o movimiento para restaurar la Monarquía. El 3 de mayo de 1934 el pretendiente don Alfonso Carlos nombró jefe delegado de la Comunión a Manuel Fal Conde, que no ocultaba su criterio de pasar a la lucha armada: partidas de requetés se estaban entrenando secretamente en Navarra.[29] De modo que los que, como Gil Robles o Lerroux, deseaban salvar la legalidad republicana, comenzaron a pensar en la conveniencia de disponer de militares dispuestos a defenderla, sacando del ostracismo a los «africanos».[30]

Franco insistiría, una y otra vez, en que había que procurar enderezar el rumbo de la República y no destruirla, como si temiera las imprevisibles consecuencias de un golpe de fuerza. En enero de 1934 Diego Martínez Barrio abandonó el Ministerio de la Guerra y pasó a Gobernación; no tardaría en dimitir al haberse autorizado la celebración de procesiones públicas en Semana Santa (1 de abril de 1934): su condición de dirigente de la Masonería le creaba un problema de conciencia. En la cartera de Guerra le sustituyó un notario, que gozaba de muy buena fama por su honestidad y prudencia, llamado Diego Hidalgo Durán que se mostró decididamente en favor de la política de acercamiento a los militares.

En febrero de 1934 Franco solicitó permiso para trasladarse a Madrid a fin de efectuar una revisión médica, consecuencia de la antigua herida de El Biutz. La fecha escogida se debía, también, al deseo de encontrarse con su madre que, a los 68 años de edad, quería cumplir uno de sus grandes deseos: viajar a Roma para ver al Papa. También tenía que intervenir el general en otro delicado asunto, el de su hermano Ramón que, llegado a Estados Unidos en viaje de estudios, se hacía pasar por agregado aéreo. De ésta y de otras cosas trató en su entrevista con el ministro que fue más larga de lo acostumbrado. Hidalgo estaba en antecedentes y confesó a su amigo –y amigo de Franco– Natalio Rivas, la excelente impresión que le causara.[31] Tenía ante sí precisamente lo que la República necesitaba para su consolidación: un «militar entregado totalmente a su carrera» que «no divaga jamás», para quien «no hay secretos en el arte de la guerra» y que «posee, en alto grado, todas las virtudes militares» estando además dotado de «ponderación al examinar, inquirir y desarrollar los problemas... su capacidad de trabajo, su clara inteligencia y su cultura están siempre puestas al servicio de las armas».[32] Entre Franco y Diego Hidalgo se inició una corriente de recíproco entendimiento que cuajó, en los meses siguientes, en verdadera colaboración.

El 28 de febrero de 1934 murió en Madrid Pilar Franco, madre del general, como consecuencia de una pulmonía. En la esquela y en las misas que se celebraron en la iglesia de la Concepción, se omitió cuidadosamente el nombre y la presencia de su marido, que aún residía en Madrid; las relaciones familiares con él se habían

interrumpido por completo. En marzo de 1934, producida una vacante, Franco fue ascendido a general de División.

3. El peligro, pues, no estaba únicamente en la imaginación del ministro. El ascenso del nacionalsocialismo en Alemania se contagiaba a otros países provocando el retroceso del otro socialismo, el internacional. Los comunistas presentaron las persecuciones contra los socialistas en Alemania y Austria, así como los enfrentamientos entre derecha e izquierda en París el 6 de febrero, como un anuncio de la reacción en toda Europa, que condenaba el marxismo. Siguiendo instrucciones de la URSS y de su instrumento, la Komintern, los partidos comunistas europeos, algunos tan insignificantes como el español, comenzaron a preconizar la unión de todas las fuerzas proletarias, fortaleciendo la posición de Largo Caballero, el «Lenin» español. Largo deseaba promover Alianzas Obreras o coaliciones de grupos izquierdistas, pero de ninguna manera entregar la dirección a los comunistas.

En junio de 1934 se celebraron conversaciones entre dirigentes juveniles socialistas y comunistas. Aunque éstas fracasaron –era muy neta la preocupación por evitar una absorción del socialismo por los hombres de la III Internacional– resulta muy significativo que los tres representantes socialistas en estas conversaciones, Santiago Carrillo, José Laín Entralgo y Segundo Serrano Poncela, se convirtiesen después en destacados dirigentes comunistas.[33] De cualquier modo los extremistas ya no estaban dispuestos a someterse al juego del parlamentarismo liberal. Julián Besteiro, a pesar de que había hecho, en marzo de 1933, una apología de la ortodoxia leninista, quedó eclipsado: su imagen de profesor no parecía compatible con el rigorismo marxista de sus ideas. Indalecio Prieto, para no perder la parcela de poder que aún retenía, tuvo que sumar su palabra, muy eficiente, a los activistas e incorporarse a los que preparaban la revolución.

Hay una cierta lógica en la posición socialista, que la arrastraba a un extremo inevitable de violencia.[34] La primera lección que los historiadores deben extraer de las dramáticas secuelas de las elecciones de 1933 es precisamente ésta: los que decían defender el sistema liberal parlamentario no creían en él. Para el marxismo la revolución socialista es la meta verdadera, y la consulta electoral únicamente un modo de alcanzarla; otro modo, si el primero fallaba, era la revuelta armada. Buscó la justificación afirmando que la CEDA se proponía imponer una dictadura, pero no hay documento alguno que permita probar este aserto mientras que los periódicos socialistas y los discursos de sus líderes, bastan para asegurar la postura antes señalada. Se buscó una justificación que pudiera legitimar el ultimátum: dijo el Partido Socialista que si un solo miembro del Partido derechista entraba en el Gobierno, él sacaría sus masas a la calle. Y cumplió su palabra. Lerroux no estaba en condiciones de seguir manteniendo a la CEDA fuera de juego, pues dependía más que nunca de sus votos. En abril de 1934 Diego Martínez Barrio, al abandonar el Gobierno, ejecutó una secesión en el Partido Radical llevándose consigo catorce diputados, esto es, catorce votos decididos a pactar con la izquierda pero no con la derecha. Franco dijo, más tarde, que la condición masónica de don Diego era la que imponía tal desviación.

Al ascender, Franco no tuvo que cambiar de destino. También Emilio Mola Vidal fue reintegrado al Ejército. Sanjurjo, amnistiado, fue desterrado a Portugal, donde fijó su residencia. Se buscaba introducir factores de tranquilidad.

4. Fue en este momento –mayo de 1934 lo más tarde– cuando el general Franco adquirio un importante y duradero compromiso político. Funcionaba en Ginebra una Entente Internationale Anticommuniste, cuyo Boletín, como antes indicamos, recibía el general desde su tiempo de director de la Academia General de Zaragoza. Debió de producirse una interrupción en los envíos porque en el mes de mayo del mencionado año se dirigió a la Entente remitiendo dinero para la suscripción y adhiriéndose formalmente a ella como uno de sus socios.[35] La Entente no aceptaba sino personas cuyo anticomunismo parecía probado ya que gran parte de los datos e informes que proporcionaba eran obtenidos por vías cuya divulgación no se deseaba. Franco fue admitido el 21 de junio de 1934 indicando en su ficha que la lengua para él accesible era el francés.

Estuvo recibiendo tales informes hasta el comienzo de la Guerra Civil y todavía algún tiempo después. Constituye la adhesión a la Entente la primera definición clara desde el punto de vista político. Se mantuvo firme en su anticomunismo toda la vida. La mayor parte de la documentación pereció con el saqueo de su casa de Madrid. Franco concedió tanta importancia a uno de los informes que en agosto de 1938 pidió a la Entente que le proporcionara nueva copia.[36] Se trata del relativo al VII Congreso de la Komintern celebrado en Moscú en agosto de 1935 durante el cual Dimitrov lanzó la consigna de Frente Único con todas las fuerzas de izquierda. El Generalísimo lo consideraba como prueba de que el Frente Popular no era otra cosa que el vehículo para el establecimiento del comunismo en todas partes. La Entente desapareció durante la Guerra mundial ante el temor de que pudiera considerarse como instrumento de los nazis.[37]

En las primeras semanas de junio de 1934 se celebraron maniobras navales en el Mediterráneo: el supuesto táctico elegido era un desembarco en Barcelona y Castellón por enemigos procedentes de Mallorca. La flota de guerra española estaba considerada como la séptima del mundo por sus efectivos. Franco acompañó a Alcalá Zamora y al ministro de la Guerra en el puente de mando del Jaime I que figuraba como buque insignia del bando atacante. Hubo una revista naval y después recepciones que dieron al comandante de Baleares la oportunidad de actuar como anfitrión de muchos ilustres huéspedes. Los reporteros gráficos tuvieron ocasión de retratar a Franco junto a Alcalá Zamora, en relaciones aparentemente cordiales, sin duda facilitadas por el ascenso recientemente otorgado. A los 41 años de edad, aunque comenzaba a acusar una leve tendencia a la obesidad, Franco seguía manteniéndose ágil. Luego el Presidente regresó a Valencia, pero Hidalgo permaneció cuatro días en Mallorca (12 a 15 de junio) siempre en compañía de Franco. Estaban también presentes el general Masquelet y el secretario de la Presidencia, Rafael Sánchez Guerra.

El recorrido de Hidalgo por la isla, acompañando a Franco, no fue meramente casual. A través de sus memorias, el ministro da a entender que estaba sometiendo al general a un examen para conocer dónde y cómo podían utilizarse mejor sus cualidades. Este examen resultó, sin duda, plenamente satisfactorio, a juzgar por los elogios que le dedicó y, también por la confianza que en los terribles días de octubre depositó en él. En una entrevista que el *Sunday Express* de Londres publicó el 15 de mayo de 1938, siendo entonces Diego Hidalgo un refugiado en la capital británica, explicó el episodio que le había causado mayor impresión. Era costumbre que el

ministro de la Guerra, en una visita oficial como la que estaba girando a Mallorca, solicitase de las autoridades militares el levantamiento de todos los arrestos pendientes. Franco hizo una excepción con un oficial añadiendo que si en lugar de rogarlo, el ministro lo ordenaba, desde luego obedecería. Hidalgo preguntó qué había hecho aquel oficial y Franco le respondió que pegar a un soldado, lo cual, a su juicio, no merecía perdón ya que el superior se debe mayor respeto a sí mismo y a su grado que el inferior.[38]

Notas al capítulo 9.

1 «Pero Azaña era el primer orador del Parlamento y el hombre más capaz entre la cohorte de los primates del Régimen. Y él lo sabía, y estaba orgulloso de serlo, y gustaba del regimiento de la República. Por ello, cuando fue desplazado de la presidencia por la crisis que don Niceto abrió en agosto de 1933, no pudo reprimir su cólera violenta y es sabido el cruel enfrentamiento con Lerroux. Se retrató de cuerpo entero al exclamar: tengo de mi raza el ascetismo, y del diablo la soberbia». Cl. Sánchez Albornoz, *op. cit.*, p. 42. No se trata del juicio de uno de sus enemigos políticos.

2 La disminución del rendimiento es un hecho objetivo, por nadie discutido. Para J. A. Lacomba, *op. cit.*, p. 237, que mantiene opinión favorable a la República, no podía atribuirse a los errores de ésta, sino a la crisis mundial iniciada en 1929 –martes negro de Wall Street– cuyos efectos alcanzaban entonces a la Península. Otros historiadores han acudido a esta misma argumentación para explicar la caída de la Dictadura. Aun admitiendo esta hipótesis imposible de demostrar, es evidente que las dos empresas en que Azaña pusiera sus mayores esperanzas habían fracasado. Se estaba gastando en el Ejército más dinero que durante la guerra de África y los militares se quejaban de la escasez y mala calidad del material. Toda la reforma agraria, aparte la lentitud con que procedía, según hemos comentado, conducía a instalar a los campesinos en parcelas de menos de diez hectáreas cada uno (R. Tamames, *Estructura económica de España*, Madrid, 1965, p. 43), lo que resultaba antieconómico. Tampoco en el bienio siguiente de alianza entre lerrouxismo y CEDA se lograron avances en este sentido.

3 James Joll, *Cento anni d'Europa, 1870-1970*, II, Roma, 1980, pp. 416-420.

4 Francisco Aguado Sánchez, «Revolución de octubre» en *La guerra y la paz cincuenta años después*, Madrid, 1990, p. 54. El socialismo estaba sufriendo desde finales del año anterior una profunda crisis que amenazaba con la ruptura en dos o tres fracciones [R. de La Cierva, *Historia del socialismo en España (1879-1983)*, Madrid, 1986, pp. 96-98], de modo que no pueden tomarse las palabras de Largo Caballero como expresión de *todo* el Partido.

5 La bibliografía acerca del falangismo español es muy copiosa y ofrece, como puede suponerse, opiniones muy variadas. A. del Río y E. Pabón han completado la edición oficial de las *Obras Completas de José Antonio* por la Editora Nacional publicando *Textos inéditos y epistolario* (Madrid, 1956) y *Últimos hallazgos y escritos de José Antonio* (Madrid, 1965). Reivindicador de la memoria del fundador de Falange es A. Gibello, *José Antonio, apuntes para una biografía polémica*, Madrid, 1975. Absolutamente contrarios son I. Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, 1980 y J. Jiménez Campo, *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, 1979; ambos prescinden del intento de comprender la doctrina falangista porque la consideran absolutamente rechazable. Además de las anteriormente citadas son importantes: Stanley G. Payne, *Falange* (1.ª ed., Stanford, 1961) y S. Hillers de Luque, «El nacionalsindicalismo», dentro de su obra *Derecho, Estado, Sociedad*, II, Madrid, 1987.

6 Á. Viñas, *op. cit.*, pp. 407-412, ha publicado dos importantes informes del consejero alemán, Hans-Hermann Völckers (15 de diciembre de 1933) y del embajador, conde de Welczeck (29 de enero de 1934), acerca de los comienzos: creía que aún faltaba un jefe adecuado para que surgiera el fascismo en España y que Falange tenía demasiadas concomitancias monárquicas.

7 S. G. Payne, *Falange*, p. 35.

8 La versión de Ledesma Ramos acerca de estos orígenes se encuentra en el libro que publicó con seudónimo de Roberto Lanzas *¿Fascismo en España?*, Barcelona, 1968.

9 Aun aceptando la existencia de un fascismo genérico resulta muy difícil su definición: a veces se le inscribe como movimiento burgués para detener el socialismo. Los jóvenes que

seguían a Ledesma tenían poco de «burgueses». Estaban además estos últimos más cerca del pensamiento alemán que del italiano (J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.206). De todas formas, tanto fascismo como nacionalsocialismo habían nacido del socialismo, al unirse éste con el nacionalismo, y no de las corrientes tradicionalistas. «Fascios» eran los nombres de la células del Partido Socialista Italiano y el Partido de Hitler se llamaba Socialista Obrero Nacional Alemán.

10 Stanley G. Payne, *Falange*, ed. 1965, p. 13, retrató a Onésimo Redondo diciendo que «su religión era el rígido catolicismo de Torquemada y su ideal expulsar a los mercaderes del Templo». Estas frases, demasiado rotundas, son equívocas y, por ello, confusas. Onésimo, que meditaba el Evangelio y hacía regularmente ejercicios espirituales, decía de sí mismo otra cosa: creía que los partidos políticos eran inservibles para el gran objetivo de reconstruir la plena dignidad del hombre.

11 Los datos más sobresalientes de su biografía, algunos de primera mano en Narciso Sánchez, «Onésimo Redondo», *Temas españoles*, núm. 39, Madrid, 1953. Sánchez fue colaborador de Onésimo Redondo.

12 Stanley G. Payne, *op. cit.*, p. 47.

13 Son muy interesantes las tres cartas manuscritas de José Antonio a su maestro, Luis Olariaga, que Franco tenía en su poder y han sido recientemente publicadas (15 de julio, 16 de agosto y 3 de setiembre de 1926). En una de ellas, al dar cuenta de sus lecturas, encomia especialmente la obra de Luján por el argumento de que se vale «para equilibrar los efectos de la maravillosa dialéctica de Marx».

14 Stanley G. Payne, *Falange*, pp. 26-27; J. Arrarás, *Historia de la Segunda República*, I, Madrid, 1964, p. 594.

15 Utilizamos especialmente las obras de Adolfo Muñoz Alonso, *Un pensador para un pueblo*, Madrid, 1973, y de Sigfredo Hillers de Luque, *Ética y estilo falangistas*, Madrid, 1974, refundida en su obra antes citada.

16 Stanley G. Payne, *op. cit.*, pp. 48-50. La frase «destino en lo universal» no era original suya; la había tomado de Ortega.

17 Á. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, pp. 126-128.

18 Texto y comentarios del discurso en Juan-Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933*, Barcelona, 1976, p. 632.

19 R. de La Cierva, *Historia del socialismo*, pp. 105-107 y F. Aguado, loc. cit., p. 55. La frase fundamental del discurso de Torrelodones fue: «Marx ha declarado tajantemente que era inevitable la dictadura del proletariado para implantar y consolidar la revolución socialista».

20 Antonio Ramos Oliveira, *Historia Contemporánea de España*, III, Méjico, 1952, explica muy bien este punto de vista que él comparte. Las elecciones de 1933 fueron «un contubernio... contra el socialismo» organizado con la complicidad del Gobierno que había vuelto a procedimientos propios de la Monarquía. En consecuencia, al tratarse de una contrarrevolución, los socialistas se consideraron en el deber de apelar a las armas para impedirla.

21 F. Aguado, loc. cit., p. 54.

22 J. Arrarás, *Franco*, pp. 177-179.

23 La cuestión de la violencia falangista es un punto que debe ser aclarado porque una versión oficial, cómoda, aceptada por varios sectores interesados en diluir u olvidar su responsabilidad, ha logrado dar a entender que Falange Española, por ser movimiento «fascista», predicaba la violencia. Pero José Antonio, en todas sus manifestaciones se mostró contrario a introducir a los suyos en lo que era un callejón sin salida: su idea de la violencia como ruptura del sistema parlamentario iba por otros cauces. Al establecerse el SEU, como oposición a la FUE, ésta pasó la consigna de impedir su desarrollo. Tras las elecciones los socialistas creyeron que Falange Española, todavía pequeña, era un enemigo peligroso y decidieron extirparla antes de que creciera. Por medio de sus sindicatos impidieron que FE se vendiera en los quioscos y sacaron sus patrullas a la calle para dispersar a los vendedores: así fue como murió Matías Montero. Era la quinta víctima desde que comenzara la batalla contra Falange. Stanley G. Payne, *Falange*, pp. 48-49, llegó a la convicción de que Primo de Rivera fue empujado a la violencia contra su voluntad: los periódicos de la derecha, especialmente *ABC* comenzaron a protestar porque no se daba la réplica adecuada a estas muertes, y cuan-

do José Antonio publicó una nota diciendo que Falange no era «una organización de delincuentes ni pensaba copiar los métodos de tales organizaciones», *ABC* se lamentó : «la opinión pública española esperaba algo más que la enérgica protesta en los periódicos, unas represalias inmediatas... y nada».

[24] F. Aguado, loc. cit., p. 57.

[25] J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, III, p. 1.211.

[26] Múltiples explicaciones se han formulado para explicar esta situación anómala. Todas –también la nuestra– se basan en especulaciones e hipótesis. G. Brenan, *El laberinto español*, p. 269, defensor de la política de Azaña afirma que las presiones amenazadoras que se ejercieron obligaron a buscar esa solución evitando males mayores. J. Arrarás, *Segunda República*, II, pp. 296-297, acepta en cambio como razón última la antipatía directa de Alcalá Zamora hacia la derecha.

[27] J. M.ª Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968, p. 77, enumera las cualidades que en aquel momento apreciaba y que le convertían en persona idónea para ese papel: valor legendario y menos teatral que en otros generales; certero instinto para medir las fuerzas del enemigo al que atacaba cuando estaba debilitado; culto a la disciplina, unido al cuidado de la tropa, con ahorro de vidas en el combate; preparación cuidadosa de todas sus decisiones; intachable conducta moral.

[28] Largo Caballero creyó que Franco iba a negarse aceptar la Comandancia de Baleares, justificando así la destitución. Pero se equivocó: aunque el general sabía que se «deseaba alejarlo de la Península» obedeció. También se equivocaron los dirigentes de la UME, como Goded o Fanjul, que quisieron atraerle. Ansaldo y Pardo Reina dan testimonio de cómo nunca quiso sumarse a ella. Esta actitud sorprendía tanto que eran frecuentes los rumores que le suponían implicado en conspiraciones, lo que era radicalmente falso. R. de La Cierva, *Franco*, pp. 122-123.

[29] J. del Burgo, loc. cit., p. 135.

[30] Stanley G. Payne, *El Ejército y la Segunda República*, pp. 21-22.

[31] Esta conversación e impresiones fueron confirmadas por Natalio Rivas en carta a Franco, que éste conservaba, fechada el 24 de enero de 1934. Hidalgo proporcionó el dato a Rivas cuando éste preparaba un libro sobre Lerroux.

[32] Este párrafo es un montaje de frases tomadas por mí de la obra de Diego Hidalgo *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid, 1934. Importa mucho señalar que el libro fue editado antes incluso de que Franco fuera nombrado jefe del Estado Mayor, pues evita que los halagos puedan tomarse como interesadas alabanzas. Por otra parte, Hidalgo se atribuye el mérito de haber desbloqueado el ascenso proponiendo a Franco como general de División en la primera vacante que se produjo, en marzo de 1934. El ministro aprovecharía las maniobras de Baleares de que luego hablaremos, para establecer con Franco una relación fuera de protocolo que le permitiría contar con la ayuda del general cuando todavía no había abandonado la Comandancia de Baleares y sin tener que promocionarle a otro puesto.

[33] R. de La Cierva, *Historia del socialismo*, p. 112.

[34] Esta violencia tendría su expresión concreta en la revolución de octubre de 1934. Sh. Ben Ami transmite el razonamiento socialista de este modo: «la revolución de octubre en España, en la región minera de Asturias, fue la expresión del enojo de la izquierda que sólo tres años antes había alumbrado esa República, entregada ahora ante sus propios ojos a las manos de sus enemigos, sin que se hubieran materializado los sueños de reforma social».

[35] No sabemos si la adhesión fue consecuencia de su iniciativa o invitación de la Entente. El 18 de marzo de 1935 comunicó su cambio de domicilio por pasar a dirigir el Ejército de África y de nuevo el 5 de junio del mismo año su pase a la Jefatura del Estado Mayor. Los más antiguos informes conservados tratan sobre la bolchevización de Asia y África (enero-febrero de 1935).

[36] Esta copia es la que se publica en *Papeles inéditos del Archivo de Franco*, I, 1992.

[37] Franco era todavía miembro de la Entente en 1940 cuando ésta solicitó ayuda para Finlandia que estaba siendo atacada por los soviets. Aunque España no intervino sí hubo alguna ayuda al país agredido. En 1962, siendo Víctor de la Serna agregado de prensa en Berna,

recibió un encargo del Generalísimo para que se pusiera en contacto con el doctor Engels, a fin de obtener ejemplares de los informes de la Entente. Pero Engels dijo que ya no podía hacerlo porque, al suspenderse las actividades, la Entente había hecho desaparecer todos sus archivos. Despacho de Víctor de la Serna desde Berna el 3 de diciembre de 1962. Sabemos que los informes de la Entente se referían en gran parte a la situación interna de la URSS y a las condiciones de opresión que padecían en ella los obreros.

[38] Cl. Martin, *op. cit.*, pp. 122-124.